

Revista de Pastoral Juvenil

MISIÓN Joven



Separata

MJ 558-559 (Julio-Agosto 2023)

estudios

Páginas 17-28

El RICA y la catequesis parroquial:
un desafío pastoral

MANUEL MARÍA BRU ALONSO

El RICA y la catequesis parroquial: un desafío pastoral

MANUEL MARÍA BRU ALONSO

Delegado Episcopal de Catequesis de la Archidiócesis de Madrid

Universidad Eclesiástica San Dámaso

Instituto de Pastoral – Instituto San Pío X

Síntesis del artículo

El autor, partiendo del contexto secularizado de las sociedades complejas, plantea la necesidad de profundizar e implementar mejor en las parroquias, la catequesis pos-bautismal según el modelo de la iniciación cristiana de adultos. Se trata de recuperar el modelo de inspiración catecumenal en el que el anuncio, la mistagogía, la liturgia y la caridad se entrelazan en un itinerario madurativo. En este proceso, las diferentes etapas, las entregas y los símbolos constituyen un verdadero camino pedagógico-espiritual.

#PALABRAS CLAVE: kerigma, catequesis, catecumenado, mistagogía, liturgia, fe, procesos.

Abstract

The author, starting from the secularised context of complex societies, proposes the need to deepen and better implement post-baptismal catechesis in parishes according to the model of Christian initiation of adults. It is a matter of recovering the catechumenal-inspired model in which proclamation, mystagogy, liturgy and charity are interwoven in a maturing itinerary. In this process, the different stages, the deliveries and the symbols constitute a real pedagogical-spiritual path.

#KEYWORDS: kerygma, catechesis, catechumenate, mystagogy, liturgy, faith, processes.

Tomemos como punto de partida el fenómeno por el cual en el contexto sociocultural y religioso en Europa hoy los procesos de secularización suponen un desafío pastoral misionero a los procesos de primer anuncio y de catecumenado de iniciación cristiana. Recordamos cómo surgió la catequesis parroquial o catequesis dominical con San Pío X, en un contexto diferente, pero con notas proféticas del actual. Volviendo al contexto actual, vemos como se revaloriza hoy la recupera-

ción del catecumenado de adultos, y por tanto de su Ritual (RICA), como catecumenado de adultos no bautizados, en su versión para “niños sin bautizar con uso de razón”, y análogamente para bautizados en proceso de iniciación cristiana. Y como esta revalorización puede formar parte a la respuesta al desafío pastoral de la iniciación cristiana en nuestras parroquias y colegios católicos, sobre todo a través de la praxis pastoral y litúrgica de la entregas del catecumenado.

Procesos de secularización y procesos de indicación cristiana en la Europa de hoy

En mayo de 2019 los participantes en el Congreso del Equipo Europeo de Catequesis visitamos una parroquia emblemática de Praga, la parroquia de Santa Teresa de Calcuta, situada en el sur de la ciudad, como foco de evangelización de un conjunto de barrios a partir del barrio de Hajé, con más de ochenta mil vecinos. La parroquia está diseñada como un lugar de acogida a todos, empezando por la gran mayoría de los “parroquianos” no creyentes (cafetería a la entrada, eventos culturales, talleres para personas mayores, etc...), con un templo que permite con un vía crucis giratorio convertir la capilla en un gran templo (para poder celebrar las dos misas dominicales) y al mismo tiempo mantener un gran salón de actos para el resto de las actividades.

Su párroco explicó a los congresistas la dinámica pastoral de la parroquia que cuenta con voluntarios creyentes y no creyentes dependiendo de las diversas actividades, y cuya acti-

vidad catequética principal (con varios grupos) no es la catequesis de niños (el porcentaje del acceso al bautismo, la primera comunión y la confirmación es mínimo), sino el catecumenado de adultos. Si en los grupos de niños, adolescentes y jóvenes cuentan tan sólo con cinco o seis grupos, estos se multiplican por tres si son de catecumenado de adultos, adultos que tras sentirse en la parroquia como en su propia casa, y en muchos casos tras haber participado en varios de los cursos “meramente culturales”, se preguntan si lo que buscan en realidad no es hacerse cristianos, e inician el Catecumenado. La parroquia tiene por tanto como primera acción pastoral la del primer anuncio, desde el testimonio que da la comunidad cristiana que acoge a todos, dirigida especialmente a los no creyentes, de los cuales algunos van incorporándose a la Iglesia con la iniciación cristiana y fortaleciendo una comunidad esencialmente misionera¹.

¹ Cf. MANUEL MARÍA BRU ALONSO. *La llamada y sus pedagogías en la Europa contemporánea*. En SINITE. Vol. 61, núm. 183 (01-01-2020), La Salle. Madrid. pp. 41-48.



Nos habían dicho, antes de ir, que la parroquia de Santa Teresa de Calcuta de Praga era la imagen de la parroquia del futuro de toda Europa. No parece inverosímil. Cada vez en las iglesias europeas desciende el número de niños que se bautizan y hacen la primera comunión, así como el número de jóvenes que se confirman, a la paz desciende el número de niños, adolescentes y jóvenes (catecúmenos y catequizandos) que hacen un proceso de iniciación cristiana. En consecuencia, aunque sea un porcentaje mínimo, muchos de estos niños y jóvenes sin procesos catequéticos de iniciación cristiana y sin sacramentos de iniciación cristiana, vuelven, por los caminos de la Providencia de Dios en sus vidas, a la Iglesia como adultos para hacer su iniciación cristiana.

En este contexto nadie pondría en duda a estas alturas la importancia del Catecumenado Bautismal de Adultos en nuestras diócesis europeas (en las de los otros continentes también, pero en contextos socioculturales y religiosos distintos). Parece claro que hemos ido pasando del proceso de secularización (San Pablo IV), de ruptura fe/cultura y paulatino abandono de la fe, al proceso de “apostasía silenciosa” (San Juan Pablo II), de incremento acelerado de la increencia, al proceso de “indiferencia” religiosa (Benedicto XVI), en el que hacen mella el relativismo y la pereza por las preguntas existenciales, al proceso que hoy describe el Papa Francisco, el de la “indiferencia religiosa”, en el que el contexto sociocultural dominante, entre “líquido” y “gaseoso”, hace caso omiso a la dimensión trascendente, no sólo a la explícitamente religiosa, sino también a la antropológica. El europeo contemporáneo esta hiper-protegido ante cualquier atisbo de inquietud trascendente.

La catequesis «dominical» y la Iniciación Cristiana

Me tomo la libertad de dar un salto en el tiempo. Podría parecer irrelevante para el tema que nos ocupa, pero con paciencia veremos que es menos irrelevante de lo que parece a primera vista.

En su Encíclica *Acerbo nimis* (del 15 de abril de 1905), San Pío X “planteó la necesidad de que la instrucción catequética no se limitara a los niños, sino que también fuera dirigida hacia los adultos, dando para ello reglas detalladas, especialmente en lo referente a escuelas adecuadas para la impartición de la instrucción religiosa a los estudiantes de escuelas públicas, y aun de universidades. Todo ello contribuyó a que fuese proclamado patrono de los catequistas”². El contexto sociocultural y religioso entonces era muy diferente al actual, pero aparecía ya la sombra de la secularización, y es esta situación la que motivo a San Pío X a crear la catequesis parroquial o, como la llamaba él, la catequesis dominical.

De hecho, “la encíclica describe la situación de ignorancia religiosa y las consecuencias que se derivan de ella, para lo que hace referencia a las duras palabras de advertencia que el profeta Oseas (4, 1-2) hace al Pueblo de Israel por su infidelidad a la Palabra de Dios”³. Pero también señala normas prácticas: “catecismo dominical para los niños; preparación para la primera comunión, la confesión y la confirmación; creación en cada parroquia de un consejo para la doctrina cristiana; escuelas especiales de religión para los maestros de las escuelas de las que está excluida la enseñanza religiosa; homilía dominical y catecisis-

² Cf.: MANUEL MARÍA BRU ALONSO. *San Pío X, patrono de los catequistas*. TEOLOGÍA Y CATEQUESIS. Vol. CXXXVII. Cuad. 1. Universidad Eclesiástica San Dámaso. 2017, pp. 201-202.

³ *Ibid.*, p. 202.

mo para adultos, dividiendo el catecismo tridentino en cinco años”⁴.

Aún así, el contexto aún era muy diferente. No sólo el contexto sociocultural, sino también el contexto “catequético”. Evidentemente la catequesis entonces, y bien podríamos decir que a tenor de como aún la entienden muchos sacerdotes y laicos hoy en día, por razones históricas que se remontan a varios siglos atrás, aún adolecía de ser entendida como una catequesis meramente doctrinal y apologética. Si ahondamos aún más en el túnel de tiempo nos encontramos con que, olvidada ya la antigua experiencia del catecumenado de los primeros siglos, y confiada, aunque no sea con estas palabras, la “iniciación cristiana” al contexto familiar y social en los países de la cristiandad⁵, en el contexto de la contrarreforma el Concilio de Trento promovió una catequesis eminentemente doctrinal. Su Catecismo Romano de San Pío V, mantenía las estructuras catequéticas básicas del antiguo catecumenado en su dimensión doctrinal (sin procesos catecumenales), como son el Símbolo, los sacramentos, los mandamientos y la oración dominical, y con una adelantada a su tiempo teología de la Historia de la

Salvación (con la innegable influencia del principio de historicidad del humanismo renacentista) en la exposición del Símbolo y de los sacramentos.

Pero la impronta apologética se incrementó con la aparición del Catecismo de San Roberto Belarmino, el catecismo claramente contrarreformista. Apenas treinta años después del Concilio de Trento el Cardenal Belarmino ofrece a los pastores y al pueblo sencillo “la doctrina católica frente a las doctrinas protestantes”. Se tradujo a todas las lenguas y su influencia fue decisiva⁶. Muchos piensan que desde el punto de vista catequético se dio un paso hacia atrás, pues la dimensión subjetiva de la fe, la *fides sua creditur* (como acto personal, interior y libre, y en términos tridentinos como “fundamento y raíz de toda justificación”) queda prácticamente silenciada ante la dimensión objetiva de la fe, la *professio fidei*, es decir, la integridad del contenido de la fe, marcada además por una impronta completamente apologética: la integridad de la fe católica ante la disgregación de la fe protestante⁷.

Pues bien, “este giro de 180 grados en la catequesis católica va a tener repercusión hasta nuestros días. Los catecismos posteriores al siglo XVI están más inspirados en Belarmino que en *Catecismo de Trento* (...) Pastoralmente hablando, se han echado los cimientos de una fuerte institucionalización

⁴ JUAN MARÍA LABOA (ed.). *Historia de la Iglesia. Desde los orígenes del cristianismo hasta nuestros días*. Ediciones San Pablo. Madrid: 2012, pp. 1028-1029.

⁵ “La historia de la catequesis nos dice que la *formación cristiana* posterior a la recepción de un sacramento se realizaba, sobre todo en una sociedad de cristiandad, fuera de la catequesis propiamente dicha: en la celebración y en la homilía, en las novenas, en las fiestas litúrgicas, en la celebración de los patronos, en los ejercicios espirituales y charlas cuaresmales, en grupos de apostolado especializados, en las cofradías... Lo más normal era que el pueblo cristiano alimentara su fe con la homilía. Muchas veces, ésta, en vez de ser comentario a los textos bíblicos proclamados, seguía un temario determinado durante el curso, por ejemplo, los mandamientos, el credo, etc. Estas acciones no eran consideradas catequesis ni seguían la metodología propia de una catequesis. Hoy hablaríamos de una *formación permanente en la fe*”: ÁLVARO GINEL. *Repensar la catequesis*. Editorial CCS. Madrid: 2009, p. 27.

⁶ MANUEL MARÍA BRU ALONSO. *San Pío X, patrono de los catequistas*. Texto citado, pp. 202-203.

⁷ “El santo jesuita, sin duda empujado por un ambiente eclesial, teológico y pastoral en carne viva, se ha desentendido de la historia como historia de salvación y decantado en el Catecismo la doctrina católica permanentemente en categorías esencialistas y teológicas en actitud apologética. Se ha desentendido también de la historia como presente y no se ha esforzado por discernir y acoger los valores del humanismo y cosmovisión renacentistas”: VICENTE PEDROSA. *La catequesis hoy*. PPC, Madrid: 1983, p. 60.

eclesial, que durará hasta el Vaticano II⁸. No podríamos, aunque quisiésemos, excluir o sacar de este contexto los catecismos de San Pío X, así como la gran mayoría de los catecismos, salvo los excepcionales experimentos catequéticos vinculados a los movimientos eclesiales previos al Concilio Vaticano II, hasta su celebración.

En este vaivén del sentido y de la praxis en la catequesis, valoramos mejor la impronta catequética de San Pío X, como “una clara apuesta por una intuición que más adelante tomará cuerpo en la reforma catequética postconciliar: la de la catequesis de la iniciación cristiana, en la que la recepción de los sacramentos no se entiende como una culminación, sino más bien todo lo contrario, como un paso en un proceso mucho más amplio”⁹. Remontarnos a la catequesis doctrinal y apologetica que nace en el contexto de la contrarreforma en Trento nos ayuda precisamente a valorar el importantísimo paso de San Pío X. Él aún se movía en la mentalidad de una cate-

quisis “de la Doctrina Cristiana” pero, al proponer la catequesis dominical, y al justificarla como una catequesis que no podía dar por hecho la formación cristiana de los infantes en casa y en el colegio, de algún modo estaba reconociendo, aunque no utilizase esta terminología, que la iniciación cristiana de los niños en familia era insuficiente, y debía salir a su rescate la parroquia. Es el inicio de un proceso paralelo: por un lado el proceso creciente de secularización, que supone un desafío para la Iglesia. Por otro lado, como una de las respuestas de este desafío, la recuperación, y adaptación, del proceso de iniciación cristiana. Será a partir del Concilio Vaticano II cuando aparezca claro que la catequesis parroquial cuya necesidad sabiamente había intuido San Pío X, iba a resultar fundamental no ya como una catequesis de la Doctrina Cristiana, sino como una Catequesis de Iniciación Cristiana. Iniciación Cristiana que, por su propia identidad y dinámica, requiere pasos, escrutinios, y símbolos que acompañen un proceso vital de conversión personal y comunitaria. Y sólo en este marco podemos entender, valorar y mejorar la aplicación del RICA en la catequesis parroquial.

⁸ Ibid.

⁹ MANUEL MARÍA BRU ALONSO. *San Pío X, patrono de los catequistas*. Texto citado, p. 203.



Catequesis de iniciación cristiana según el modelo del Catecumenado de Adultos

Como explica el Catecismo de la Iglesia Católica, “desde los tiempos apostólicos, para llegar a ser cristiano se sigue un camino y una iniciación que consta de varias etapas. Este camino puede ser recorrido rápida o lentamente y comprende siempre algunos elementos esenciales: el anuncio de la Palabra de Dios, la acogida del Evangelio que lleva a la conversión, la profesión de la fe, el Bautismo, la efusión del Espíritu Santo, el acceso a la comunión eucarística”¹⁰.

El mismo Catecismo de la Iglesia Católica explica su configuración hasta el modelo actual, que distingue entre catecumenado para los no bautizados o catecúmenos y catequesis para los ya bautizados o catequizados, y a su vez explica la importancia que en este proceso tiene la restauración del RICA: “Esta iniciación ha variado mucho a lo largo de los siglos y según las circunstancias. En los primeros siglos de la Iglesia, la iniciación cristiana conoció un gran desarrollo, con un largo periodo de *catecumenado*, y una serie de ritos preparatorios que jalonaban litúrgicamente el camino de la preparación catecumenal y que desembocaban en la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana. Desde que el Bautismo de los niños vino a ser la forma habitual de celebración de este sacramento, ésta se ha convertido en un acto único que integra de manera muy abreviada las etapas previas a la iniciación cristiana. Por su naturaleza misma, el Bautismo de niños exige un *catecumenado post-bautismal*. No se trata sólo de la necesidad de una instrucción posterior al Bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimien-

to de la persona. Es el momento propio de la *catequesis*. El Concilio Vaticano II ha restaurado para la Iglesia latina, *el catecumenado de adultos, dividido en diversos grados*. Sus ritos se encuentran en el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* (1972)¹¹.

Consecuentemente, como explicaba el Directorio General de la Catequesis (a partir de ahora “Directorio”), “la catequesis es el elemento fundamental de la iniciación cristiana” (DGC, 66). Es decir, que es el Catecumenado (el de adultos de la primitiva Iglesia y el de todas las edades hoy) el que marca el proyecto catequético, de tal suerte que no sólo los catecúmenos (no bautizados) están llamados a hacer el proceso de iniciación cristiana, sino también todos los bautizados (catequizados). Y, “por ser iniciación, incorpora a la comunidad que vive, celebra y testimonia la fe. Ejerce, por tanto, al mismo tiempo, tareas de iniciación, de educación y de instrucción. Esta riqueza, inherente al catecumenado de adultos no bautizados, ha de inspirar a las demás formas de catequesis” (DGC, 68), como son todas las llamadas “catequesis ocasionales” que se inscriben más bien en la etapa pastoral de la evangelización, a modo de formación permanente del cristiano.

¹¹ Ibid. n.º 1230-1232. Explica además que “Por otra parte, el Concilio ha permitido que, en tierras de misión, además de los elementos de iniciación contenidos en la tradición cristiana, pueden admitirse también aquellos que se encuentran en uso en cada pueblo siempre que puedan acomodarse al rito cristiano. Hoy, pues, en todos los ritos latinos y orientales, la iniciación cristiana de adultos comienza con su entrada en el catecumenado, para alcanzar su punto culminante en una sola celebración de los tres sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía. En los ritos orientales la iniciación cristiana de los niños comienza con el Bautismo, seguido inmediatamente por la Confirmación y la Eucaristía, mientras que en el rito romano se continúa durante unos años de catequesis, para acabar más tarde con la Confirmación y la Eucaristía, cima de su iniciación cristiana”.

¹⁰ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. EDICE 1997. n.º 1229.

La iniciación cristiana es “un don de Dios que recibe la persona humana por mediación de la Madre Iglesia mediante su inserción en el misterio de Cristo, muerto y resucitado, y en la Iglesia por medio de la fe y de los sacramentos de la iniciación: El bautismo, que es el comienzo de la vida nueva; la confirmación, que es su afianzamiento; y la eucaristía, que alimenta al discípulo con el Cuerpo y la Sangre de Cristo para ser transformado por Él”¹².

Por eso se llama iniciación cristiana a todo el proceso o camino en el que la Iglesia, Madre fecunda y Maestra de la verdad y de la vida, hace nuevos cristianos. Es por ello un proceso que se realiza a través de una dinámica de relaciones personales y comunitarias, que integra a distintas iniciativas de acompañamiento, oración y caridad, tal y como lo presenta, desde antiguo, el catecumenado bautismal: “Los que han recibido de Dios, por medio de la Iglesia, la fe en Cristo, sean admitidos con ceremonias religiosas al catecumenado; que no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino una formación y noviciado convenientemente prolongado de la vida cristiana, en que los discípulos se unen con Cristo su Maestro. Iníciense, pues, los catecúmenos convenientemente en el misterio de la salvación, en el ejercicio de las costumbres evangélicas y en los ritos sagrados que han de celebrarse en los tiempos sucesivos, introdúzcanse en la vida de fe, de la liturgia y de la caridad del Pueblo de Dios”¹³.

Catequesis de iniciación cristiana significa una catequesis procesual en la que tanto a los catecúmenos como a los catequizandos se les ofrece la experiencia fundamental del

catecumenado (por eso a la catequesis ordinaria se la llama de “inspiración catecumenal”):

- Que es el proceso en el que se configura un cristiano, se hace un cristiano, “antes de” y “no sólo” formarse como cristiano.
- Que es un proceso, como todos los de la evangelización, como nos enseña el Papa Francisco (que da más importancia a los procesos que a los espacios), de “acogida, acompañamiento, discernimiento en integración”, etapa por etapa, que no está parcializado por los sacramentos de la iniciación cristiana, sino que los precede y prepara en su conjunto, y por tanto se desvirtúa cuando se reduce a los conceptos de “catequesis de comunión”, de “postcomunión” o “de confirmación”.
- Que, como pide el Papa Francisco, requiere un acompañamiento personal¹⁴, propio de una catequesis kerigmática y mistagógica¹⁵.
- Que requiere una conversión pastoral, promovida con una mayor relevancia en el proceso de los ritos de entrega y otras celebraciones además de las de los sacramentos de iniciación.

El Directorio para la Catequesis explica con claridad que “el catecumenado es una antigua práctica eclesial, recuperada después del Concilio Vaticano II (Cf. SC 64-66; CD 14; AG 14), ofrecida a los conversos no bautizados. Por tanto, tiene una intención misionera explícita y se estructura como un todo orgánico y gradual para iniciar en la fe y en la vida cristiana” (DC, 61).

Inmediatamente plantea el Directorio la ampliación de esta definición al catecumenado en sentido analógico: Precisamente por su carácter misionero, el catecumenado también

¹² MANUEL MARÍA BRU ALONSO. *Con Jesús, discípulos en misión /1. Cinco criterios básicos para renovar la iniciación cristiana a la luz del nuevo Directorio para la Catequesis*. Ciudad Nueva, Madrid 2020. p. 30.

¹³ CONCILIO VATICANO II. Decreto *Ad Gentes*, n° 14.

¹⁴ Cf.: FRANCISCO. Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, n° 169-173.

¹⁵ Cf.: *Ibid.*, n1 163-168.

puede inspirar la catequesis de aquellos que, a pesar de haber ya recibido el don de la gracia bautismal, no disfrutaron efectivamente de su riqueza: en este sentido, se habla de la inspiración catecumenal de la catequesis o catecumenado postbautismal o catequesis de iniciación a la vida cristiana. Esta inspiración no olvida que los bautizados *ya han sido introducidos en la Iglesia y hechos hijos de Dios a través del Bautismo. Por tanto, el fundamento de su conversión es el Bautismo ya recibido, cuya fuerza deben desarrollar*" (NDC, 61). Al catecumenado en sentido estricto y al catecumenado en sentido analógico, el Directorio propone también una tercera acepción, la de la catequesis de inspiración catecumenal para aquellos que han recibido todos los sacramentos de iniciación cristiana, "pero aún no están suficientemente evangelizados o catequizados, o para aquellos que desean reanudar el camino de la fe" (NDC, 62).

El valor simbólico-litúrgico de las entregas en la Catequesis

Para entender el valor simbólico-litúrgico de las entregas en la Catequesis debemos remontarnos a las etapas del catecumenado, establecidas en el RICA, tal y como también lo explica el Directorio: "La restauración del catecumenado, favorecida por el Concilio Vaticano II, se logró con la publicación del Ritual de la Iniciación cristiana de adultos. El catecumenado, *verdadera escuela de formación para la vida cristiana (AG 14)*, es un proceso estructurado en cuatro tiempos o períodos, dirigido a guiar al catecúmeno hacia el encuentro pleno con el misterio de Cristo en la vida de la comunidad, y es considerado, por tanto, un lugar típico de iniciación, catequesis y mistagogía" (NDC, 63).

Si nos fijamos en como el Directorio explica cada una de sus etapas, podemos encontrar el lugar y la importancia que en cada una de ellas tiene cada uno de los ritos, incluidas las "entregas":



- en el precatecumenado tiene lugar la primera evangelización en orden a la conversión y se hace explícito el *kerygma* del primer anuncio;
- el tiempo del catecumenado, propiamente dicho, está destinado a la catequesis integral; se accede a él con el rito de la admisión, en el cual puede llevarse a cabo la “entrega de los Evangelios”;
- el tiempo de la purificación e iluminación proporciona una preparación más intensa para los sacramentos de iniciación; este periodo, en el que se ingresa con el rito de la elección o de la inscripción del nombre, prevé la *entrega del Símbolo* y la *entrega de la Oración del Señor*;
- con la celebración de los sacramentos de iniciación en la Vigilia Pascual comienza el tiempo de la mistagogía que se caracteriza por una experiencia cada vez más profunda de los misterios de la fe y de la inserción en la vida de la comunidad” (NDC, 63).

Las entregas se nos presentan, así, como hitos simbólicos clave en el proceso. Lo marcan, y con ello acompañan el proceso existencial de los catecúmenos y catequizandos, ya que, según indica su “carácter progresivo de la experiencia formativa”, “el catecumenado es un proceso dinámico estructurado en periodos que se suceden de manera gradual y progresiva. Este carácter evolutivo responde a la biografía misma de la persona, que crece y madura con el tiempo. La Iglesia, acompañando pacientemente y respetando los tiempos reales de la maduración de sus hijos, con este cuidado pone de manifiesto su maternidad” (NDC, 64).

Para el rito de la señal de la cruz, y para las entregas del Símbolo de la fe, del Evangelio y del Padre Nuestro, deberíamos, a mi modo de ver, aplicar los mismos criterios espirituales, catequéticos y mistagógicos que el Directorio

señala para todo el proceso del catecumenado (Cf.: DC, 64), a saber (además del “carácter progresivo de la experiencia formativa” ya mencionado):

El carácter pascual: Si “en el catecumenado todo está orientado hacia el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo”, y “la catequesis comunica el corazón de la fe de una manera esencial y existencialmente comprensible, poniendo a cada uno en contacto con el Resucitado, ayudándole a reinterpretar y vivir los momentos más intensos de su vida como pasos pascuales”, la señal de la cruz deberá marcar el centro del Misterio Pascual, el Símbolo de la fe ha de presentarse más que en clave cognitivo-doctrinal, en clave teológica como historia de la Salvación, historia en la que la confesión del Misterio Pascual es su centro, y el Padre Nuestro debe entregarse como la oración con la que imploramos ser introducidos en este Misterio Pascual.

El carácter iniciático: Si “el catecumenado es una iniciación a la fe que lleva a los catecúmenos al descubrimiento del misterio de Cristo y de la Iglesia”, y “la catequesis introduce a todas las dimensiones de la vida cristiana, ayudando a cada persona a iniciar, en la comunidad, su propio camino de respuesta a Dios que lo ha buscado”, el primer rito de la Señal de la Cruz marcará el inicio de este proceso, y las entregas se presentarán como momentos existenciales en los que los catecúmenos reciben la gracia apropiada al momento de su maduración como cristianos, por lo que han de seguir el orden antes expuesto y han de responder a cada una de las llamadas propias en cada una de las etapas.

El carácter litúrgico, ritual y simbólico: Precisamente esta dimensión explica en sí misma el valor de estos ritos y entregas: “el catecumenado está entretejido con símbolos, ritos y celebraciones que tocan los sentidos y los afectos. La catequesis, precisamen-

te gracias al *uso de símbolos elocuentes* y a través de una *renovada valoración de los signos litúrgicos*, puede responder de este modo a las necesidades del hombre contemporáneo, que generalmente considera significativas solo aquellas experiencias que lo tocan en su corporalidad y afectividad”.

Como vemos aquí nos encontramos con dos criterios fundamentales: un criterio que podríamos considerar interno al significado de las entregas, que es el criterio litúrgico y mistagógico de la catequesis. Todo el proceso de la iniciación cristiana debería aprovechar al máximo la pedagogía de la fe de la liturgia (por ejemplo, a través del ciclo de los años litúrgicos y de los tiempos litúrgicos en cada año), o los elementos de formación de contenido litúrgico, pero también todo el lenguaje simbólico de la tradición del catecumenado. Por otro lado, un criterio que podríamos considerar vinculado a la inculturación de la fe, porque sin duda en la cultura contemporánea la imagen, la expresividad corporal, los elementos de la naturaleza, son especialmente relevantes para la comunicación, sobre todo para una comunicación no sólo cognitiva, sino también vivencial y emocional.

El carácter comunitario: Si “el catecumenado es un proceso que se realiza en una comunidad concreta, que hace experiencia de la comunión dada por Dios y, por tanto, es consciente de su responsabilidad de anunciar la fe”, y si “la catequesis inspirada en el catecumenado integra la contribución de diversos carismas y ministerios (catequistas, servidores de la liturgia y de la caridad, responsables de los grupos eclesiales, junto a los ministros ordenados...), con lo cual se revela que el seno que regenera la fe es la comunidad entera”, entonces es conveniente que los ritos y las entregas deban darse en un contexto celebrativo comunitario, no reducido a la comunidad de los grupos catequéticos, sino a toda la comunidad parroquial, que es la comunidad que ini-

cia en la vida cristiana y es la comunidad que representa a toda la Iglesia cuando entendemos que la iniciación cristiana es iniciación a la vida de la Iglesia.

El carácter de conversión permanente y de testimonio: Se nos dice que no sólo “el catecumenado es entendido, en su conjunto, como un camino de conversión y purificación gradual”, sino que a su vez es “enriquecido también con ritos que marcan la adquisición de una nueva forma de existir y de pensar”. Ritos y entregas que hacen palpable los pasos de esta conversión, pues “la catequesis, consciente de que la conversión nunca está completamente realizada, sino que dura toda la vida, educa para descubrirse pecador perdonado y, valorando el rico patrimonio de la Iglesia, establece itinerarios penitenciales y formativos específicos que favorezcan la conversión del corazón y de la mente en un nuevo estilo de vida, que sea perceptible también desde el exterior”.

Praxis pastoral: Algunos criterios catequéticos de las entregas

Como conclusión, podríamos determinar una serie de criterios concretos para la praxis pastoral:

1. Conviene separar debidamente los ritos y las entregas del RICA de los demás ritos y entregas adicionales que en muchos itinerarios catequéticos se introducen por su valor pedagógico, como son el de la entrega del Rosario para simbolizar la dimensión de la devoción mariana en la catequesis, o la entrega de los recursos catequéticos para simbolizar la comunión con la catequesis diocesana, ya que se trata de los recursos que responden al itinerario catequético diocesano determinado por el obispo, el primer catequista, el respon-

sable último de la catequesis en todas las parroquias de la Diócesis, y el que envía a todos los catequistas.

2. Es muy importante preparar bien catequéticamente cada uno de estos ritos, de tal modo que verdaderamente marquen el esqueleto del proceso de iniciación cristiana. Para ello son necesarias dos acciones fundamentales: la de la preparación catequéticas de los catecúmenos y catequizandos, a través de unas catequesis previas sobre cada una de las entregas; y la de una preparación lo más cuidada posible de las celebraciones de las entregas, teniendo en cuenta tres objetivos: máxima participación de todos los interlocutores en la catequesis (catequistas y catecúmenos y/o catequizandos), y cuidada dimensión simbólico-mistagógica: de lo visible a lo invisible, de lo audible a lo inaudible, de lo palpable a lo impalpable.
3. Es muy importante conseguir responder a dos requisitos que pueden parecer contradictorios pero que pueden y deben ser convergentes:

Por un lado es necesario que distingamos en estos ritos y entregas a los catecúmenos (que no han recibido ningún sacramento de iniciación cristiana, es decir, que si hablamos de niños, no están bautizados)¹⁶, y catequizandos (niños bautizados que pro-

siguen su itinerario de iniciación cristiana y que durante y al final de mismo recibirán los sacramentos de la confirmación y de la eucaristía, ya que los sacramentos de la iniciación “jalonan” los procesos de iniciación, y a su vez estos procesos “jalonan” la recepción de estos sacramentos). No podemos dar la signación de la cruz a los catequizandos, porque ya la recibieron previamente a su bautismo por parte del sacerdote o diácono, y de sus padres. No podemos “entregarles” en sentido estricto ni el Credo, ni los Evangelios, ni el Padre Nuestro, porque estos les fueron también ya entregados a través de sus padres. Pero si podemos hacerlo en clave de recaudatorio y renovación.

Por otro lado, no conviene separar en los grupos catequéticos unos de otros. En todo caso habrá que hacer con los catecúmenos los escrutinios necesarios marcados por el RICA para los niños no bautizados con sentido de razón, y por su puesto la preparación con los padres, sus tutores legales, que deben dar su consentimiento y acompañar los procesos propios pre-bautismales. Los grupos pueden y deben desarrollar el proceso juntos por varios motivos:

- Porque de cara a su “no iniciación” real, la de su conversión, desarrollo y maduración cristianas, no hay grandes diferencias entre unos y otros.
- Porque cualquier separación, tanto en la catequesis como en sus celebraciones, parecería discriminatoria.
- Porque catequéticamente son mutuamente enriquecidos: los catecúmenos toman más conciencia del valor que tiene el bautismo que van a recibir, y que los demás ya han recibido. Y los catequizandos valoran mucho mejor su propio bautismo al ver a sus compañeros prepararse para el bautismo y bautizarse.

¹⁶ Cada vez son más los niños a los que los padres traen a la catequesis que ellos denominan todavía (esperemos que no los sacerdotes y catequistas) como “catequesis de primera comunión”, sin estar bautizados. Al día de la publicación de este artículo se calcula que ronda ya entre el 30 y el 40% de los niños españoles en esta situación. Si no se les ha preguntado a los padres desde el primer día, desde la inscripción a la catequesis (por eso es importantísimo hacer esta pregunta), si sus hijos están bautizados, es muy posible que ellos no lo digan hasta muy entrado el proceso (al uno o a los dos años de empezar).

La mejor solución es hacer las celebraciones de las entregas juntos, pero en cada una de ellas, en el justo momento de la entrega, hacer dos tipos de entregas diferentes, con expresiones diferentes, para cada uno de los dos grupos. Para unos se les propondrá la acogida, para los otros, la renovación de esa acogida.

4. Estas celebraciones deberán celebrarse siempre que sea posible en la celebración dominical de la eucaristía, con toda la comunidad cristiana parroquial (o una buena representación), ya sea en la habitual "misa con las familias" en las que participan los niños en catequesis, o en la misa mayor de la parroquia. La comunidad parroquial así simboliza como es ella sujeto responsable principal de la catequesis, y comunidad acogedora de sus nuevos miembros.
5. Conviene que, siendo ritos litúrgicos, se hagan tras la predicación, entre la liturgia de la Palabra y la Eucarística, entre el Credo y las preces. En el caso de la entrega del Símbolo de la fe antes de la confesión de la fe, no después, ya que los catecúmenos y catequizandos lo proclamarán una vez les haya sido entregado. Y en el caso de la entrega del Padre Nuestro, justo antes del rezo del Padrenuestro, por tanto, en los ritos finales de la misa. Otra cosa es la entrega de los símbolos que no son del RICA, que al no ser litúrgicos, pueden hacerse al principio (tras el saludo), o al final de la misa (antes de la bendición final).
6. Los elementos físicos de las entregas son simbólicos. Se entrega la fe, el Credo de los Apóstoles, no un pergamino con el texto. Lo mismo con el Padre Nuestro. El Evangelio en cambio si es una representación real de los textos evangélicos, aunque estos no sean Palabra de Dios hasta que entren en

diálogo personal y comunitario con quienes lo leen o lo proclaman o lo escuchan. Aun así, es muy importante el valor simbólicos de estos objetos. Por eso catequéticamente conviene también proponer a los niños y a sus padres que cada uno de los elementos físicos de las entregas (que por otro lado deben ser de calidad, bellos y duraderos), sean custodiados juntos en un pequeño "altar" en sus cuartos, o en el "rincón de Jesús" común del hogar. Y que estén a su disposición para rezar con ellos visiblemente presentes. En el caso de los catecúmenos convendrá añadir a ese espacio en casa la vela del bautismo que encendieron sus padrinos en el Cirio Pascual.

7. Adolecemos de algunos rituales de entregas que se separan demasiado, por su afán pedagógico-catequético, del lenguaje del RICA. Es necesario cuidar este extremo. El lenguaje deber ser lo más fiel posible a las fórmulas del RICA, adaptando lógicamente las expresiones para que sean fácilmente comprensibles para los niños, adolescentes y jóvenes, según los casos. Lo más importante es cuidar que el lenguaje expresa la esencia de estos ritos, que no son pasos voluntaristas que ellos dan en el proceso de su iniciación cristiana, sino muy al contrario, como serán a su vez los sacramentos de su iniciación, son dones gratuitos de Dios y de su Iglesia. Es por pura gracia de Dios por lo que la Iglesia puede signar a los nuevos cristianos con el signo de la Cruz, en virtud del don redentor de Cristo. Y es por pura gracia de Dios por lo que la Iglesia puede entregar de generación en generación el legado de la Fe, o los Santos Evangelios, o la oración dominical del Padrenuestro.

MANUEL MARÍA BRU ALONSO